

No obstante las en ocasiones antagónicas aproximaciones epistemológicas que sustentan las diferentes teorías administrativas —en procura de darle sentido colectivo a la existencia de las unidades organizacionales y trazarle adecuados esquemas de operación—, todas ellas, de forma tácita o expresa, han reconocido la importancia que tiene el estudio, el análisis y la comprensión del entorno que las rodea.

Sin duda, el papel que ha jugado el contexto ha sido determinante tanto para aquellas organizaciones que por sus recursos y capacidades estructurales han logrado orientar a los mercados, como para aquellas que sometidas al vaivén de las tendencias de esos mismos mercados han debido escuchar su voz y plegarse a sus designios. Los resultados son evidentes no sólo desde lo estrictamente económico sino también desde todo lo social involucrado. Aquellas que han dedicado ingentes esfuerzos para mantenerse comprensivamente informadas se han sostenido con atractivos niveles de rentabilidad y un sensible reconocimiento social. Por el contrario, las que han despreciado o desconocido los escenarios que las circundan se han visto en complicados apretones financieros de incalculables proporciones, conduciéndolas, incluso, a la quiebra, con los negativos efectos que ello conlleva para el conjunto de la sociedad.

Desde esta perspectiva, acercarse a la compleja realidad social que condiciona el seguro transitar de las empresas colombianas no sólo es una inevitable obligación de lógica funcional, sino un imperativo que la dinámica nacional establece, dada la constante efervescencia que se vive en Colombia en todos los órdenes de la vida comercial e institucional.

En este sentido, como todos lo sabemos aunque no todos lo aceptemos y lo asimilemos en toda su extensión, las circunstancias y características de Colombia son únicas e intransferibles. La telaraña de factores que se entrelazan de forma tesonera es de la más diversa estirpe, lo cual hace más delicada la labor de quienes, en su cotidianidad, deben orientar los senderos estratégicos y operativos de sus respectivas organizaciones empresariales.

Para nadie es un secreto la enorme diversidad cultural que desde nuestros ancestros se ha venido conjugando en nuestro espíritu nacional. Nuestras almas

están matizadas con antepasados no sólo heterogéneos por su origen ibérico y africano con diferentes manifestaciones antropológicas en su propio interior, sino por el particular y disímil mundo cosmogónico encontrado entre chibchas, tayronas y muiscas, por ejemplo. Esta hibridación cultural ha sido menos comprendida cuando en el análisis social se incorpora el sinnúmero de oleadas migratorias que en todas las regiones se han detectado. Seres humanos provenientes de universos simbólicos distintos y distantes (sirios, palestinos, libaneses, alemanes, italianos, latinoamericanos, por sólo citar los más reconocidos) han impreso su huella en muchos sectores de la vida nacional.

Así, nuestras regiones se han convertido en espacios culturales que rebasan las convenidas fronteras político-administrativas. En ellos conviven trazos étnicos amalgamados a través de nuestro propio recorrido histórico traducidos en manifestaciones comerciales no sólo diferentes en sus formas, sino y sobre todo, incompatibles en su esencia.

A esta pluralidad cultural deben agregarse las asfixiantes circunstancias de inseguridad y violencia social y política que en buena parte de la geografía nacional se han impuesto de forma inexorable, aunadas a la lenta depauperación de gruesas capas de la población. Los planes estratégicos de expansión y los programas operativos inmediatos han sentido este paulatino deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de los colombianos. No solamente la estructura de costos ha sido impactada en términos recesivos, sino que además los precios han sufrido sustanciales incrementos, negándosele, a su vez, a buena parte de la población el acceso a muchos y mejores satisfactores. El progresivo proceso de empobrecimiento desde las altas esferas gubernamentales reconocido en todo tipo de estadísticas oficiales, ha contribuido a la contracción de algunos mercados claves.

De otra parte, los procesos de apertura vividos desde 1990 que desembocan en la firma de tratados comerciales cuyos verdaderos beneficios han sido cuestionados por expertos nacionales e internacionales, han hecho que muchos actores de la economía colombiana hayan tenido que conducirse, no siempre en condiciones favorables, por atmósferas de competencias nunca antes imaginadas. La penetración de empresas multinacionales a nuestros débiles mercados ha impuesto nuevas reglas en un juego cuyas cartas y ases aún no han sido destapados en su total dimensión. Todo un océano de incertidumbres que exige de gerentes y administradores grandes dosis de creatividad e imaginación que, infortunadamente, no se encuentran por doquier.

Las vicisitudes, asociadas al cambiante entorno colombiano se imponen sin pedir ni dar tregua alguna, demandando a todos los interesados una convincente y real participación. Desde la academia, con la intención de lograr que la realidad sea descrita en su propia naturaleza, comprendida en su relación con los demás elementos, pero sobre todo, explicada en y desde el contexto que le da vida y razón de ser a cada gesto organizacional. Desde la empresa, destinando recursos y energías corporativas para que el análisis del entorno sea una tarea permanente, ineludible y de forzoso referente en la toma de decisiones de cualquier tipo. Y desde lo institucional, estatal y gubernamental, para que la construcción de rigurosas y útiles

estadísticas sea una prioridad del presupuesto nacional a las que cualquier agente del mercado pueda acceder sin mayores contratiempos.

De esta manera, estudiar, analizar y comprender el entorno en todas sus intrincadas dimensiones es una tarea que todos debemos acometer con ahínco y pasión intelectual. El camino está demarcado y el panorama, aunque complejo, brinda todas las opciones para que las empresas colombianas acepten el reto. El bienestar de toda la sociedad debe ser la brújula que nos ilumine.

DAGOBERTO PÁRAMO MORALES